

Guanajuato: movimientos populares

Arturo Mora Alva*

El presente ensayo pretende ordenar un conjunto de experiencias que en Guanajuato se expresaron como movimientos sociales en los años ochenta y principios de la década siguiente del siglo pasado. Jorge Alonso señala que:

los movimientos tienen etapas correspondientes a sus orígenes, a auge, a declinación, a victorias y fracasos. La muerte de un movimiento no conlleva que su influencia desaparezca por completo. Van dejando marcas en la vida social. Los repertorios tácticos colectivos se van enriqueciendo (2007: 29).

En ese sentido se buscó reconstruir un referente histórico de la acción colectiva y de sus expresiones sociales, como una forma de recuperar parte de la memoria de la lucha social.

En Guanajuato se presentaron movimientos sociales que, como lo señala Olvera, fueron una manera de reificación, ya que en ese periodo dichos movimientos eran sobre todo de corte clasista. En la lucha por su autonomía organizativa de los actores sociales se adquirió un carácter político y se tuvo como interlocutor necesario, y con frecuencia como enemigo directo, al propio Estado (1999: 2) que a su vez aportó una rica gama de referencias identitarias en la compleja relación sociocultural que los movimientos generaron en los diferentes niveles de los contenidos de la acción colectiva.

Un acercamiento

Los movimientos populares se ubican como una forma de ser y hacer de los pueblos, comunidades y colonias; son la expresión sociocultural que adquieren sus demandas y necesidades frente al poder y a las formas institucionales de autoridad por parte del Estado. De alguna manera, en el sentido más amplio de la cultura social, constituyen la forma o el estilo que toma la vida política y social de un pueblo, de una comunidad, de una agrupación de personas. Estos procesos están de alguna manera marcados por las necesidades o demandas sentidas que obligan a organizarse para la búsqueda de soluciones y respuestas a sus intereses.

Estos procesos se caracterizan por ser imprevisibles en cuanto al sentido de quitar algunas nociones deterministas, ya que en el proceso mismo de lucha dan origen a la aparición de líderes naturales de la comunidad, que asumen como pueden —con intuición, valentía, cierta responsabilidad moral— la conducción del movimiento. A su vez, pocos liderazgos logran configurar una forma organizativa de mayor estructura. En el mejor de los

casos, cuando esa organización social alcanza sus metas, pocas veces se plantea mantenerse como fuerza para abordar otros problemas. Así, por la falta de experiencia de los líderes naturales, o por no contar con una estructura organizativa básica que promueva la participación y la democracia, el movimiento se «enfriá», bien porque no se logró lo esperado o bien porque se alcanzaron las metas de la lucha social que los llevó a la movilización.

Uno de los fenómenos que se alcanzaron a observar como parte de la cultura política en este periodo se presenta en el hecho de que la gente regularmente depositó en los líderes de la organización la responsabilidad de encontrar la solución a otros problemas, pero ya sin la participación activa de las personas; esto es delegando el liderazgo, las tareas de negociación y la atención de los trámites que la lucha particular implicó, lo que ocasionó muchas veces que el Estado, los partidos políticos, cooptaran a estos líderes, traicionando y desdibujando con ello los intereses de la comunidad o del grupo organizado.

Uno de los efectos que se tiene cuando no se logra el objetivo buscado que los condujo a la movilización, es que muchas personas quedan «vacunadas» ante la experiencia vivida y pasa algún tiempo para que vuelvan a incorporarse en un nuevo proceso de lucha, en tanto se gestan nuevas circunstancias y condiciones que los empujen a unirse de nueva cuenta o bien que operen las redes sociales que los convocan, como señala Olvera, «el parentesco, paisanaje, compadrazgo entre otras» (1999: 4).

Uno de los rasgos más importantes observados en la lucha que impulsaron los movimientos sociales es la participación de las mujeres del campo y la ciudad. Estas fueron

*Director del Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades, UIA León
arturo.mora@leon.uia.mx

la fuerza activa en la mayoría de los procesos de lucha; ellas asumen la movilización y las acciones directas que el movimiento plantea y, sin lugar a dudas, son y fueron las más de las veces el rostro real del movimiento popular.

Un elemento poco registrado y estudiado es el hecho de que el movimiento popular comunitario más vivo y real de estos procesos de lucha social se dio a partir o en torno de estructuras de organización del propio PRI-gobierno, sea la Confederación Nacional Campesina (CNC) y la Confederación Nacional de organizaciones Populares (CNOP) como instituciones, y que ante la falta de respuestas se «desprenden» de éstas, buscando caminos nuevos de movilización, de acción y de la oportunidad de utilizar diferentes organizaciones que se presentan ante ellos. De hecho, los movimientos populares bien pudieran —o pueden ser— calificados según su alianza con organizaciones sociales o políticas para la resolución de sus problemas.

En los años ochenta y principios de los noventa la actuación de las organizaciones sociales y políticas que intervinieron en algunos de estos procesos dependía de su carácter ideológico-político, así como del tipo de relación que se estableció con líderes de esas organizaciones. Así, hubo organismos que pretendieron realizar un trabajo de concientización o emancipación política y otros que jugaron un papel conciliador frente al Estado, o de control y cooptación del movimiento social. Es necesario analizar por tanto, el papel que juegan estos movimientos populares en función de la lógica del sistema dominante. La mayoría de ellos se ubicaron en formas de lucha desde la ilegalidad, es decir, no tenían la intención de respetar las estructuras jurídicas y políticas que el Estado había

impuesto y recurrieron a alternativas de acción y movilización que enfrentan directamente las formas de control del aparato de Estado.

El movimiento campesino

A finales de los años setenta se constituyó uno de los movimientos populares más significativos en la lucha agraria del estado de Guanajuato. La Reforma Agraria, surgida a partir de la Revolución Mexicana, se fue anquilosando y burocratizando desde el poder local que mantuvo a una oligarquía agraria y que no dejó que se afectaran sus intereses, ya que muchos de los núcleos agrarios que fueron beneficiados se quedaron con papeles, planos y promesas, pero no con la tierra. En estas condiciones era de preverse un movimiento amplio de solicitantes de predios para cultivo, como una forma de vida y como una aspiración social de ser de alguna manera ejidatarios o comuneros principalmente, esto en relación directa con su historia particular. Un número significativo de estos «sin tierra» se fueron organizando en torno de la organización Alianza Campesina Revolucionaria (ACR). Todos los grupos que integraron de forma gradual a la ACR contaban con la experiencia de recorrer oficina tras oficina, de Guanajuato a la ciudad de México y de ahí a sus comunidades, sin tener respuesta para sus gestiones de años. La totalidad de quienes se involucran en este movimiento tenían experiencia de participación en organizaciones como la CNC y la Central Campesina Independiente (CCI), y estaban ya cansados de esperar una solución.

Este movimiento se desarrolló principalmente en los municipios de San Francisco del Rincón, Purísima, Manuel Doblado y San Felipe, que cuentan con una amplia zona rural. En las zonas urbanas, la lucha por predios

para vivienda se dio en San Francisco del Rincón, León, Salamanca y Valle de Santiago. El crecimiento de éste fue con gran rapidez. Si bien fue recorriendo los mismos caminos de trámites y papeleo ante las autoridades agrarias, la fuerza y la identidad social desarrollada por esta organización hizo posible que de 1982 a 1985 se realizaran una serie de tomas de tierras, desatando una lucha que tuvo como respuesta inmediata por parte del gobierno estatal la represión y, por parte de ACR, la movilización y unidad con otras organizaciones Campesinas, a través de la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA) de un par de organizaciones urbanas, una en León conocida en ese momento como «El Guaje» y la Unión de Colonias Independientes (UCI) del municipio de Irapuato.

En algunos casos los grupos campesinos obtuvieron la tierra sin que mediaran para ello entregas oficiales o ejecuciones agrarias, sino la organización y la lucha, ya que lo que faltaba era formalmente el acto de ejecución de resoluciones agrarias. En otros casos, algunos de los predios obtenidos por la vía de la posesión de las tierras se mantuvieron durante un año o más tiempo, con la creación de «campamentos», sin trabajar esos campos, debido a los constantes actos de amenazas, agresiones de particulares en complicidad con el gobierno estatal y de los desalojos que éste realizaba; en algunos pocos casos, pasada la acción de la fuerza pública del Estado, se volvía a la posesión, situación por demás difícil y desgastante.

No en todos los casos se logró la posesión en forma definitiva de la tierra. Desde el poder local y la presión política, principalmente de la Asociación de Pequeños Propietarios Agrícolas del estado de Guanajuato, se obligó al gobierno estatal a usar mayor fuerza, con la consecuente derrota de los

grupos organizados. En menor número de ocasiones, las promesas de la Secretaría de la Reforma Agraria (SRA) tuvieron suficiente fuerza para que se desistiera de la lucha.

Durante el proceso de organización de este movimiento la ACR desarrolló un trabajo regional importante que incluía la realización de asambleas regionales, donde se obtenían acuerdos de trabajo, movilización y acción. En éstas se acordaban las formas para participar, ya fuera en marchas campesinas nacionales o en audiencias en la ciudad de México, organizadas por la CNPA, así como movilizaciones en la capital del estado y tomas pacíficas de la delegación de la SRA en la ciudad capital del Estado.

Por todo esto, se puede afirmar que ese movimiento popular fue el más amplio e importante, durante esos años en la lucha por la tierra. A finales de 1985, la ACR perdió su fuerza social, debido a factores diversos, en los que se combinó la represión por parte del gobierno estatal y las promesas de solución para los problemas que mantenían a la gente en actitud de movilización, esto junto con que al interior de la ACR se registró una crisis interna, la cual obligó a algunos de los dirigentes nacionales a salir del estado, dejando inconclusos muchos procesos de gestión y lucha directa, sin que se encontrara a quienes pudieran encabezar con éxito el movimiento y mantenerlo. La organización, en fin, entró en un periodo de reflujo que fue aprovechado por el gobierno para perseguir a sus dirigentes estatales y encarcelar a algunos de ellos.

En algunos casos los grupos campesinos obtuvieron la tierra sin que mediaran para ello entregas oficiales o ejecuciones agrarias

Otras experiencias de lucha en el campo

Desde los inicios de los años ochenta podemos encontrar otro número de experiencias de lucha en el campo por la demanda fundamental: la tierra. Así, hubo movimientos y luchas en el sur del estado, en Apaseo el Alto y Jerécuaro, así como en el centro, en Pénjamo y los municipios de Abasolo e Irapuato. También se dieron luchas en el norte, en los municipios de San Luis de la Paz y Dolores Hidalgo.

Se pueden registrar que en la mayoría de los municipios se presentaron durante esos años acciones de lucha. Una gran cantidad de fuerzas políticas y sociales actuaron en algunos de esos movimientos: Organización de Pueblos del Altiplano (OPA), Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), Central Independiente Obrera, Agrícola y Campesina (CIOAC), Unión General Obrero Estudiantil de México (UGOCEM), con sus ramas «Roja» y «Jacinto López», Unión Nacional de Trabajadores Agrícolas (UNTA), Coordinadora Nacional de Pueblos Indígenas (CNPI), y algunas otras. También organizaciones políticas como el Partido Socialista Unificado de México (PSUM), Partido Socialista de los Trabajadores (PST), Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y otras propias del Revolucionario Institucional.

Muchas de estas luchas fueron apoyadas por los estudiantes de la Escuela de Agronomía de Roque, en Celaya, cerrada en 1985 por el gobierno federal. El movimiento campesino logró tener una gran vitalidad en Guanajuato, pero no llegó a conformar una fuerza social unitaria que permitiera enfrentar la política del estado en materia agraria. Sólo algunos grupos han logrado hacer valer su derecho a la tierra, pero la mayoría fueron golpeados por el gobierno

y la dinámica del movimiento perdió fuerza —esto a la par de la pérdida de fuerza y desarticulación de otras organizaciones en el país— de manera que los esfuerzos de coordinación a través de la CNPA se fueron diluyendo y reconfigurando en el contexto de la lucha electoral, por la cual optaron muchas de estas organizaciones.

En noviembre de 1986 los productores de sorgo de la región del Bajío, encabezados por el PST, cerraron el tránsito vehicular durante cuatro días, en las afueras de Celaya, Salamanca y Salvatierra, en demanda de aumento a los precios de garantía.

Acciones como éstas y otras se presentaron en diversas partes del estado, pero el carácter aislado de dichos movimientos ha hecho que el gobierno logre sus objetivos, desmovilizando a la población por una parte, y propiciando de manera indirecta la aparición de organizaciones progubernamentales (tipo Antorcha Campesina) por la otra, que lograron controlar las aspiraciones de los solicitantes de tierras, principalmente en el sur del estado. A partir de 1987 se gestó otro movimiento en la zona de San Francisco del Rincón y Manuel Doblado, donde la entonces recién formada Unión General Obrera Campesina y Popular (UGOCEP), asumió la lucha por la tierra de algunos de los grupos que ya se habían movilizado con la ACR, realizando algunas acciones para hacer valer títulos de propiedad y resoluciones presidenciales que las autoridades agrarias se habían negado a ejecutar. Nuevamente el gobierno estatal, con apoyo de la fuerza política y económica de los particulares, reprimió este movimiento.

Movimiento urbano popular

La mayoría de los movimientos populares que se presentaron en las zonas urbanas

fueron especialmente por la búsqueda de vivienda, a través de la regularización de predios rústicos en las periferias de las ciudades y, en menor caso, por la dotación de servicios básicos y de infraestructura urbana para las colonias populares. El crecimiento registrado en esas décadas en torno a las cabeceras municipales en el estado fue amplio y acelerado, estimulando la proliferación de nuevos asentamientos, donde la irregularidad en la tenencia de la tierra, la falta de agua, electricidad y otros servicios urbanos, fueron situaciones constantes.

También la ACR, en inicios de los años ochenta, favoreció la organización de la lucha por la tenencia de predios urbanos, agrupando a personas de origen campesino atraídas por la ciudad o expulsadas por el campo, al grado de encabezar las primeras tomas de predios urbanos en estos años. Igual que en el movimiento campesino, la política en contra de la ACR por parte del gobierno del estado fue la misma, y sólo hubo logros en los casos de colonias populares en San Francisco del Rincón y, relativamente, en la colonia Emiliano Zapata de León, en donde se mantuvo la posesión urbana hasta 1988, cuando fue reubicada.

En diferentes lugares de la entidad se dieron acciones de lucha por tener un lugar en donde fincar un sitio para vivir, pero todas ellas se expresaron de manera aisladas, no logrando la conformación de un movimiento organizado en el nivel estatal. Hubo experiencias en Celaya, Irapuato, Juventino Rosas, Cortazar y Villagrán, entre otros municipios.

La experiencia más importante es el caso de un movimiento en la ciudad de León, que surgió en 1980 con la toma del predio «El Guaje», el cual después se llamaría colonia

Morelos y que en 1988 se constituyó como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Esta colonia mantuvo una relación cercana con la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (CONAMUP) teniendo un papel destacado en la lucha urbana durante más de 10 años. Se desarrolló fundamentalmente en la ciudad de León, donde llegó a agrupar comités de colonos de 28 colonias populares de la ciudad, que demandaban la dotación de servicios básicos e infraestructura, particularmente escuelas.

A partir de 1988 el MIR extendió su actividad a todo el estado, conformando grupos de colonos en San Miguel de Allende, San Francisco del Rincón, San Felipe, Irapuato, Purísima de Bustos, Silao, Dolores Hidalgo, San Luis de la Paz, Guanajuato capital, Salamanca y Celaya.

Tal crecimiento se puede entender por el cambio de actitud que tomó el MIR frente al gobierno estatal. Si bien en los primeros años de la colonia Morelos se habían presentado innumerables enfrentamientos con los

Karla Quiñones / Burrito



gobiernos del estado y del municipio, esto se modificó hasta llegar a cierta cercanía, no exenta de tensiones, que se tradujo en tolerancia, pese a la presión de sectores sociales y económicos para «quitar» ese germen comunista. Se puede interpretar que para el MIR esta nueva situación de no ataque, constituyó la posibilidad de realizar un movimiento táctico, en tanto que para el gobierno estatal priísta sería de tipo estratégico, ante el crecimiento de la derecha, a través del PAN y del Partido Demócrata Mexicano (PDM) y la Unión Nacional Sinarquista que ganaban espacios y presencia pública.

Se puede afirmar que el MIR es el movimiento más importante de la lucha urbana en Guanajuato. Cabe señalar que éste mantuvo vínculos con la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM) y otras organizaciones sociales como el Comité de Defensa Popular (COP) de Chihuahua y Durango, entre otros, que dieron origen al PT, destacando que el dirigente estatal más importante del MIR participó como candidato a gobernador, en las elecciones de 1991.

El MIR es el movimiento más importante de la lucha urbana en Guanajuato

En ese mismo año, 1988, se creó el movimiento de Colonias Independientes de Irapuato. Tuvo su origen a partir de la lucha

contra las alzas de tarifas de agua y servicios municipales. Este movimiento se desarrolló y creció, debido a la política de represión ejercida por las autoridades, locales y estatales, contra la población organizada en la UCI.

Las bandas

En la década de los ochenta la aparición de las bandas formada por jóvenes en las

ciudades, producto de las presiones ocasionadas por la crisis económica y por el ganar espacios de expresión, así como la necesidad de reivindicar sus gustos musicales, de vestir y de relación, configuró uno de los movimientos populares más significativos en Guanajuato, debido a dos elementos: que es un estado altamente conservador y que fue el único de la llamada provincia del país, además del Distrito Federal, donde se gestó un proceso de organización de las bandas. Una de las características de estos jóvenes es que la mayoría eran trabajadores, obreros y empleados, unos más estudiantes de bajos recursos y otros tantos jóvenes campesinos, algunos de ellos migrantes que ya habían estado un tiempo en Estados Unidos.

La formación de Bandas Unidas de Guanajuato (BUG) respondió fundamentalmente a la búsqueda de un espacio para la defensa del estilo de vida que «la banda» asume, y a que esa expresión cultural que se manifiesta y se ve en los jóvenes favoreció la represión y una de las formas de intolerancia más vistas en ese entonces: las *razzias* policíacas, practicadas de manera constante y con un uso excesivo de la fuerza contra chavas y chavos *rockeros* y *punks*, en donde la violación de las garantías individuales y de los derechos humanos fue una situación permanente.

Así, por ejemplo, en algunas ciudades del estado de Guanajuato se empiezan a organizar grupos de jóvenes. La Comunidad Rockera de Dolores (C^{DR}), en el municipio de Dolores Hidalgo; los Rockeros Unidos de León (RUL), y otros grupos de jóvenes en San Miguel de Allende e Irapuato, entre otros, fundaron la BUG y tuvieron la capacidad de convocar a dos marchas «rockers» en la capital del estado —mostrando un nivel de organización no pensado y considerado en este sector social de jóvenes con afinidad

por el *rock* y otros géneros de música—, donde se exigió el cese de la represión y el respecto al derecho de vestir y manifestarse como ellos desearan. El 11 de enero de 1986 hicieron la primera marcha y el 31 de mayo de 1987 la segunda, concluyendo ambas con conciertos de *rock*, en el estadio de béisbol de la ciudad, capital del estado.

No obstante lo realizado por la BUG, este movimiento entró en reflujó por muchas razones, incluida la represión que las autoridades continúan ejerciendo contra la «banda» y porque en especial los intereses de los jóvenes, tan diversos, no logran dar continuidad a lo realizado, teniendo serios problemas de definición en lo que implicaba la conducción y liderazgo de grupos de jóvenes por demás heterogéneos y en muchos casos radicales.

Este movimiento fue apoyado por el PRT y algunas organizaciones sociales de la ciudad de México y contó con el apoyo de grupos de *rock* mexicano, que en ese tiempo también se movían de manera marginal en el mundo de la música. Mucho de esta experiencia se basó en el influjo del Consejo Popular Juvenil de la ciudad de México, que fue la otra organización de jóvenes banda en el país y que buscaba un cambio cultural.

Los obreros

Tal vez el único intento serio de buscar la construcción de un frente que permitiera la integración de obreros sindicalizados, especialmente en León, fue la formación de la Coordinadora de Trabajadores Democráticos (CTD) en los primeros meses de 1982, donde se agruparon organizaciones del campo y la ciudad como el Partido Mexicano de los Trabajadores, el Frente Auténtico del Trabajo (FAT) la ACR y la colonia Morelos, junto con

algunos docentes del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), los Maestros Democráticos y Sección Sindical del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en Guanajuato, entre otros, y que buscaba crear una coordinación unitaria y de solidaridad que permitiera impulsar la consolidación de las agrupaciones que se incluían en la CTD. Este intento de unidad se vio afectado en 1985, época de procesos electorales, que evidenciaron diferencias que fueron insalvables para mantener la unidad hasta entonces lograda.

Si bien han existido luchas gremiales en el estado, éstas se han desarrollado de forma aislada. La lucha sindical que el FAT llevó a cabo durante los años en las últimas décadas fue heroica, al proponer un sindicalismo independiente, pero no tuvo los resultados que esta organización esperaba. Si bien han existido acciones de apoyo con algunos trabajadores petroleros para la competencia por la dirección de la sección en Salamanca o se ha dado la lucha de los profesores del Sistema de Video Bachillerato «Sabes» por contar con un sindicato independiente. El movimiento obrero y los sindicatos como sector social en Guanajuato no se han desarrollado como espacios de participación y lucha social de los derechos laborales.

Algunas conclusiones

Los movimientos sociales en el estado de Guanajuato fueron trastocados transversalmente por los fenómenos sociales y los efectos generados por la crisis económica. Estos movimientos son de corte popular y clasista, pues se desarrollaron principalmente como expresiones de resistencia y supervivencia en las condiciones sociales, económicas y políticas imperantes en ese momento de la historia reciente de

México y que sin duda han dejado una huella en la experiencia colectiva de los actores implicados y la sociedad en sentido amplio. Sin embargo, se puede afirmar que una constante que se hace evidente es el aislamiento que los movimientos sociales experimentaron, debido en muchos casos al papel de las organizaciones sociales y políticas, que la coyuntura de los años de la reforma electoral y con las emergencias de nuevos grupos políticos y partidos políticos, no crearon nuevas condiciones que permitieran el desarrollo de proyecto de unidad. Los esfuerzos realizados por las coordinadoras la CNPA y la CONAMUP, no tuvieron la capacidad organizativa para aglutinar a muchas y variadas expresiones de lucha social en todo el país.

No obstante, es necesario iniciar una reflexión más seria y profunda sobre el significado e impacto de estos movimientos sociales en la vida política del estado.

Tal vez sea oportuno abordar ya algunas preguntas desde la teoría social, pero en especial desde aquéllas asociadas al cambio social y las formas en que los movimientos aportan a la construcción de una cultura social, y la construcción de una nueva ciudadanía, social, política, cultural y económica. «Los movimientos populares, los actores emergentes, la construcción de nuevas subjetividades nos mandan la señal de que hay que repensar tanto la realidad como sus interpretaciones» (Salazar, citado en Alonso, 2007: 31). Y como concluye el doctor Jorge Alonso, «se debe luchar contra muchos miedos, pero sobre todo hay que perder el miedo a pensar» (p. 31).

El presente artículo quiere abonar a la necesidad social e intelectual de hacernos cargo de la realidad que nos tocó vivir, más ahora que se requiere con urgencia pensar la identidad nacional. ■

■ REFERENCIAS

Alonso, Jorge (2007) «Aproximaciones a los movimientos sociales». Conferencia que dictó el pasado 14 de septiembre 2007 en el marco de la inauguración de los posgrados del CIESAS Pacífico Sur y Distrito Federal. CIESAS Occidente.

Castells, Manuel (2000) «La otra cara de la tierra: movimientos sociales contra el nuevo orden global». En *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. Vol. II: El poder de la identidad. México: Siglo XXI. Pp. 91-133.

Melucci, Alberto (1999) «Teoría de la acción colectiva». *Vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México. Pp. 25-54.

Olvera, Alberto (1999) «El concepto de movimientos sociales. Un balance inicial sobre su empleo en México (1970-1996)». En Jorge Durand *Movimientos sociales: desafíos teóricos y metodológicos*. Guadalajara: UdeG. Pp. 109-138.